



EL DIABLO MUNDO.

PRÓLOGO

La humanidad entra en los períodos de su existencia por iguales trámites que el hombre en los de la vida: infancia, virilidad y madurez; admiración y contento en la primera edad, entusiasmo y fuerza en la segunda, reflexión y examen en la tercera; y en tanto, el poeta es en el orden moral el jefe de la humanidad de su tiempo y de aquellas generaciones que vendrán, hasta donde el dedo de la Providencia trace un círculo sobre el campo de la duda, y allí ya, para el poeta y sus coetáneos, se levanta un muro de ignorancia que es la frontera del saber posible, y donde una inteligencia nueva se prepara á empezar con nuevas gentes y con un nuevo poeta que, semejante al focus de la lente, en sí reuna todos los rayos luminosos que partan de la circunferencia.

La sociedad naciente cantó sin duda los fenómenos de la naturaleza; cantó la luz, cantó las sombras, el amor instintivo, la amistad sencilla, las flores, los torrentes y las aves.

De esta poesía oral que, obrada la época de transición, debió perderse naturalmente, nos quedan los libros de la Blibia, llenos de sencilla sublimidad; y luego después una civilización más adelantada formuló la égloga, el idilio y el himno, que no son, en nuestro sentir, otra cosa que reminiscencias cultivadas de aquella poesía patriarcal y campestre natural á los primeros tiempos.

Tras el período inocente pastoril, entró el mundo en la edad heroica, y Homero, trocando el caramillo por la trompa, se anunció cantando los dioses, las pasiones, el valor, las venganzas y la guerra.

La poesía *épica* quedó escrita, el pensamiento de aquellas generaciones formulado, Homero pasó á la posteridad junto con sus obras; el genio de Smirna fué inmediatamente admirado como un semidiós, y su libro cual un espejo mágico, donde vieron reflejarse lo pasado, lo que no existía, con todas sus fases y colores.

Homero es la pirámide que arranca de los tiempos heroicos, monumento eminentísimo, desde cuya cumbre se domina toda la Grecia de Ulises, y en su centro se guardan los nombres de los héroes todos, todas las hazañas, todo el saber, las creencias, los vicios y virtudes en conjunto de una época grande.

El síntoma de desvirtuación se apoderó de la sociedad aquella, y la Grecia conquistadora fué sojuzgada á su vez.

La civilización, la creencia, el entusiasmo y la fuerza pasaron á Italia; pero la era romana fué ya heterogénea hasta cierto punto, y de transición hácia el cristianismo.

Quiso Virgilio ponerse al frente de su época;

pero no consiguió ciertamente más que colocarse á espaldas de Homero.

Roma en primer lugar sabía más que Virgilio, y la Eneida, hecha esclava voluntaria de la Odisea, se afana en su seguimiento, sin advertirse el poeta de que canta un nuevo pueblo, una filosofía distinta, y de que el genio en su independencia prescribe una regla donde quiera que estampa la huella.

Es la Eneida, sin embargo, un poema, artísticamente hablando, más meditado, un libro más correcto, y aunque siempre sobre la pauta del poeta griego, es el amor de Dido más espiritual, un sentimiento mil veces más justo y elevado que el amor que Homero pinta, resultado de una época más adelantada en cultura.

Radió por fin el cristianismo revolucionando la sociedad, y de aquella lucha de ideas confusas que se controvertían entre la neblina de la ignorancia, de aquella fé ardiente y de aquel desarrollo del alma, debía resultar una época aparte de los siglos anteriores, y fué la *edad media* del mundo.

Un poeta espiritualista podía ser sólo la expresión fiel y el producto de una nueva era, y esta brotó á Dante con todo el saber de su tiempo, arrollando mil preocupaciones, sólo con el presentimiento de su genio, que dentro del corazón lo empujaba por la extraña senda que siguió, contraviniendo la voluntad de los sabios y los nobles, para ilustrar después á su pueblo, á los nobles y á los sabios de su tiempo, dando norma á un nuevo lenguaje, fórmula al sentimiento, y elevación é impulso de progreso á las ideas.

Dante es pues la pirámide de la edad media,

y su *Divina comedia* es un faro que domina resplandeciendo sobre las tinieblas de una época nueva, para más allá dispararlas.... Así Homero y Dante, el uno á igual altura en frente al otro, se divisan como dos *términos*, entre el vacío de los siglos que los separan.

Inmediato á Dante produjo Inglaterra á Shakspeare, pero este autor, por la naturaleza de su talento, encerró sus obras en las estrechas dimensiones del teatro, y aunque todas ellas reunidas forman un tratado del mundo, se ve como el poeta tuvo que reposarse á semejanza de quien camina jornada por jornada, por no poder acaso cruzar de un solo vuelo por encima del campo donde la humanidad se revuelve mal contenta.

Shakspeare, sin embargo, con más genio que saber, con mayor presentimiento que cálculo, adelantó la forma del poema dramático, que se había atrevido Dante á indicar sólo muy ligeramente. Shakspeare presintió sin duda que el drama, sin las cortapisas de las bambalinas y de los bastidores, llegaría á producir el poema dramático, que la mayor ilustración y la filosofía aceptarían como la fórmula más adelantada en los siglos venideros.

Así es que Goethe ha cultivado este género después en el *Fausto*, y Byron lo impulsó á la perfección en el *Manfredo*.

El poema más aventajado de este siglo, que ofrecernos pueden entre su repertorio literario los franceses, es sin duda el *Genio del Cristianismo*, y nosotros se lo concedemos, á la par que les negamos tenga aquel mérito tan en alto grado como ellos pretenden. El *Genio del Cristianismo* está escrito con más poesía teológica que

sentimiento poético, y por eso no convence siempre que el autor conspira á convencer. La obra de Mr. de Chateaubriand no está madurada en el corazón, sinó en el invernáculo del entendimiento; es un libro escrito *ad hoc*, pero no inspirado, dictado sí por la conveniencia y ayudado por la erudición y por el cálculo... Creemos no obstante que, si bien no es un poema como los que hemos indicado de pasada, es por lo ménos el mejor arte poético que se ha escrito jamás. M. de Chateaubriand nos ha demostrado que la teología lleva infinitas ventajas á la mitología para tratar la poesía. Hay además bellezas de primer orden que imitar, explicadas con la práctica de ellas mismas en la obra del profundo literato francés, y nos condelemos de haber traslucido en ella una cosa que no será, pero que nos induce á creer que allí se ve al cristiano de oficio y al escritor de profesión.

La sociedad se encuentra ya en su madurez: nuestra época es la de *reflexión* y *examen*, como las de Homero y Dante fuéronlo de *entusiasmo* y *fuerza*: pero, que el corazón manda el mundo, es una máxima irrefutable; con él han dominado los héroes, y con él los filósofos ardientes que lograron imprimir su sello en la humanidad propagaron sus respectivas doctrinas.

La cabeza por sí sola, por más fuerza lógica que encierre, no dará más que la disertación escolástica, y sus productos carecerán de los divinos velos del entusiasmo, que tras de sí arrastra y conduce hasta la verdad que preconiza.

El corazón impresionable, unido al vigor intelectual, la unión de sentimientos é ideas elevadas, la meditación y la inspiración, juntas con la magia de estilo y cierta revelación que reco-

rre lo pasado, que desvela en el porvenir, y que sondea lo presente; ingenio fértil que agrupa los contrastes, que crea la acción y la desenlaza, concluido el objeto que se propone; en una palabra, la concepción en el desempeño de un plan tan grande é ilustrado que abarque nuestra sociedad entera, son calidades imprescindibles para el poeta que pretenda elevarse sobre tantos millones de hombres como el mundo moderno encierra.

El joven don José de Espronceda se levanta con la osadía del genio, para escalar adonde nadie se ha atrevido á mirar de hito en hito sin confundirse.

Aspira nuestro poeta á compendiar la humanidad en un libro, y lo primero que al empezarlo ha hecho, ha sido romper todos los preceptos establecidos, excepto el de la unidad lógica.

En el prólogo del *Diablo mundo* se ven recorridos todos los tonos de la poesía, los del sentimiento y los de la metrificación, con un desempeño que asombra, y desde luego se anuncia un pensamiento colosal en medio de una tempestad de dudas, que el señor Espronceda, con la magia que posee, amontona sobre el lector con objeto tal vez de disiparlas más adelante.

El poeta se coloca también en mitad de esa atmósfera de dudas; pero cuando él levanta la cabeza para mirarlas y suelta la voz para analizarlas, medidas tendrá de antemano sus gigantescas fuerzas.

Empieza el poeta suponiendo que, enajenado en la meditación, durante las horas silenciosas de la noche, siente un rumor extraño, el cual llama á sus sentidos y los despierta. Aquel rumor informe, aquella música augusta, aquel es-

trépito solemne son todas las pasiones del mundo, son todos los intereses encontrados de la vida, las afecciones, los odios, el amor, la gloria, la riqueza, los vicios y las virtudes; son el quejido en fin del universo entero que llega en revuelto torbellino á la par con la inspiración, y esta despliega ante la fantasía mil mónstruos alegóricos trazados con inimitable facilidad y pasmosa valentía.

Las visiones pasan, el ruido va gradualmente perdiéndose en lontananza hasta que cesa donde acaba la introducción del poema.

El primer canto es la exposición del gran drama que se propone desenvolver el señor Espronceda.

Un hombre agobiado por la edad, amargado por la dolorosa é inútil experiencia cierra desesperado un libro en que leía y convencido tristemente de la esterilidad de la ciencia, se queda dormido.

Entonces se le presenta la muerte y le entona un himno que convida á la paz del sepulcro. Con placer siente el anciano aterirse sus entumecidos miembros; y gozándose está en la enervación de su espíritu, cuando la inmortalidad súbito se ostenta ante sus ojos, y canta otro himno, en oposición al de la muerte; y así como la primera se le brindó, ella también se ofrece al moribundo.

La elección es inmediata; el hombre opta por la inmortalidad y rejuvenece. El cántico de esta deidad no se encamina á inmortalizar el espíritu, es la inmortalidad de la materia lo que ella da, y lo que el hombre recibe.

La imagen de la muerte tiene la novedad que presta este filósofo á cuanto sale de su pluma: está vestida de melancólica belleza, es dulce y

apacible, es la muerte que se hace desear cuando, exentos ya de preocupaciones, sentimos el corazón cansado y el alma descontenta.

La inmortalidad, como hemos dicho, se alza luego y se adelanta sobre el horizonte pálido de la muerte, para borrarlo con su magnificencia deslumbradora.

Imposible se hace que acerquemos siquiera nuestras palabras al lujo de pensamiento, de expresión y de saber que despliega Espronceda en esta descripción sublime, la más afortunada acaso de cuantas se han visto hasta hoy en lengua castellana.

La variedad de tonos que á su arbitrio emplea el poeta, tonos ya humildes, ya elevados, áridos ó festivos, placenteros, sombríos, desesperados é inocentes, son como la faz del mundo, sobre la cual está condenada á discurrir su héroe. Esa *sinuosidad del Diablo Mundo* es la superficie de la tierra: aquí un valle, más adelante un monte, flores y espinas, aridez y verdura, chozas y palacios, pozas inmundas, arroyos serenos y ríos despeñados.

Espronceda en la poesía con tal superioridad maneja el habla castellana, que ha revolucionado la versificación. Antes la *armonia imitativa* estaba reducida á asimilar en uno ó dos versos el galopar monótono de un caballo de guerra por ejemplo, y hoy nuestro aventajado poeta expresa con los tonos en todo un poema, no sólo lo que sus palabras retratan, sinó hasta la fisonomía moral que caracteriza las imágenes, las situaciones y los objetos de que se ocupa... Esta es la *armonia del sentimiento*, llevada á la perfección por el sentimiento íntimo y delicado del que escribe.

Como por el rugido se conoce al león, como por el plañido se infiere del que padece cuál será el grado de su dolor, así por las entonaciones de que se vale Espronceda en el *Diablo Mundo*, inferimos las palabras y los conceptos que de estas van á resultar.

Grande, dilatado, inmenso es el campo poético que el poeta ha desplegado á su frente, para trazar carrera al héroe del poema en cuestión.

Repetimos que en nuestro juicio es el plan mayor que hasta hoy se ha concebido para un poema. Su héroe ha rejuvenecido ya como el *doctor Fausto*, pero su mocedad no es el préstamo de un tiempo mezquino, por la hipoteca y la enajenación del alma: el protagonista del *Diablo Mundo*, sin nombre hasta ahora, ha aceptado la juventud y la inmortalidad sin condiciones.

En el drama de Goethe, *Fausto* no es más que un mancebo á medias, porque su corazón es siempre el del doctor, y esto le hace no participar nunca de los placeres en sazón, antes por lo contrario están siempre emponzoñados por el juicio.

Acaso fué este el pensamiento de Goethe, y nosotros nos guardaremos de tildarlo, porque esa continuada carcoma de *Fausto* es una sublimidad del talento que lo creó.

Mas si Espronceda se propone enseñarnos el mundo físico y moral para probarnos que la inmortalidad de la materia es el hastío y la condenación sobre la tierra, juzgamos que su héroe, al retroceder en la carrera de la vida, debe hacerlo por completo, volviéndole la virginidad al alma, la inexperiencia al juicio, y dándole unas sensaciones no gastadas,

La experiencia, la moralidad y el saber deben pertenecer al poeta, que no es personaje de acción en el drama, sino el disertador y el genio que penetra en las entrañas de su obra.

Con fundada esperanza nos lisonjamos de que el poema de *El Diablo Mundo* despertará en la Europa civilizada un respetuoso recuerdo de la patria de Cervantes.

Si el joven autor, con cuya leal amistad nos honramos, no decae en ese maravilloso vuelo que ha sabido dar á los dos primeros cantos de *El Diablo Mundo*, viva penetrado de que, si lo presente pertenece á los grandes poetas que murieron, el porvenir será para él.

La posteridad solamente hace pública justicia al talento que no domina por las armas.

ANTONIO ROS DE OLANO.